



KARMELE BEGONDO



La casa en tiempos de Oteiza, desde la carretera y recientemente, hacia los talleres

Sobre el derribo de la casa proyectada y construida por Jorge Oteiza en Irun

"El trabajo esencial del artista es marcar una línea divisoria, separar con precisión", recomienda un escultor griego.

Así se ha operado en la denuncia que sigue, separando a dos partes. Escritas consecutivamente, en dos partes, con la mano siniestra y con la diestra, para que cada una de ellas afecte a una parte de la sociedad; las dos tienen, sin embargo, una misma alma. Cada parte fue generosamente publicada a un y otro lado de la línea. Al lado izquierdo, en el diario Gara, el martes 26 de septiembre del 2006, con el título "Tres culpas entre cinco culpables"; al lado derecho, en el diario El País, el sábado 30 de septiembre, con el título "La gasolinera y sus responsables". Ahora se unen ambas, para trazar una nueva línea divisoria: la que nos separa de la avidéz del cazador de dinero.

Fernando San Martín (Concejal de Cultura del Ayuntamiento de Irun), Imanol Agote (Director de Cultura de la Diputación de Gipuzkoa), Miren Azkarate (Consejera de Cultura del Gobierno Vasco), Borja Sémpér (Concejal de Urbanismo del Ayuntamiento de Irun) y Néstor Basterretxea (promotor inmobiliario y tratante en escultura) son los culpables de que la única obra de arquitectura que Jorge Oteiza proyectó y construyó, en Irun, en 1957-58, con Luis Vallet y el mismo Basterretxea, pueda ser derribada legalmente. El motivo del derribo es el dinero que va a producirles a algunos la construcción de 99 viviendas, dos gasolineras, un hotel y varios locales comerciales. Según el señor Sémpér, no hay posibilidad de mantener el edificio en pie: su lugar debe ser ocupado por una gasolinera.

En 1957 la casa de Oteiza materializaba su deseo por volver a su país. Después de su larga estancia en Sudamérica, llega a Bilbao (1949) pero recalca en Madrid (1951), para estar junto a Oiza en el desarrollo de la estatuaría del monasterio de Arantzazu (1951-53). Prohibidos los trabajos de Arantzazu, Oteiza tiene como propósito volver a su tierra. Inicialmente Oiza proyecta una casa para sí mismo, Oteiza y Basterretxea. El propósito es establecer un lugar estratégico de trabajo y vida común, junto al Bidasoa. Oiza dibuja una casa como un caserío, con los paños de las paredes separadas de la estructura exterior, muy cercana a la "Capilla para el camino de Santiago" (1954), que acababa de proyectar, también con Oteiza. Pero un año más tarde (1956) Oiza, abandona el proyecto. Oteiza y Basterretxea buscan un arquitecto local que comparta sus intereses por el arte y la arquitectura modernos. Encuentran a Luis Vallet, vecino de Irun y uno de los fundadores, durante la república, del movimiento arquitectónico moderno (GATEPAC). Entre marzo y septiembre de 1956, Vallet desarrolla un proyecto con el que obtienen el permiso de obras. El proyecto no es del gusto de Oteiza y Basterretxea, por lo que, aprovechando la estructura, deciden de mutuo acuerdo cambiar el proyecto a pie de obra. Es ésta una de las razones por la cuales sólo existen tres dibujos, de Vallet, que describen la obra. Alguien que

participó en la obra aclaró: "Venía Oteiza, cogía un palo y comenzaba a marcar el lugar donde quería las ventanas, los balcones, las aberturas y las distribuciones. Por esto no hay dibujos". Es decir, es Oteiza quien proyecta su casa-taller, actuando como lo hace cuando proyecta sus esculturas. Dibuja y crea espacios en la misma forma, con la misma forma. En el periodo de la construcción de la casa, Oteiza prepara su participación en la Bienal de Sao Paulo (1957), y es cuando nace su "laboratorio de tizas".

Cuando la casa se levanta (1957) y se enrasan las paredes con sus potentes balcones, y se colocan las finas y elegantes carpinterías de hierro, Oteiza realiza un último gesto, que lo delata como autor de una obra que, desde su concepción, guarda las formas de la modernidad. Oteiza toma el blanco, el negro y el gris, y con ellos ordena la casa. A las finas carpinterías metálicas las pinta de negro, marcando los vacíos oscuros de la casa. Allí prisma donde se sitúan las viviendas lo pinta de blanco, para definirlo y subrayarlo; y a aquello que está en contacto con el terreno, los pilotis que suspenden elegantemente la casa, la parte trasera donde se encuentra el estudio de Basterretxea y su propio taller, detrás, como una construcción parasitaria, Oteiza lo pinta de gris, el color del espacio que habla con la tierra. Gris, que Oteiza identifica como el color característico de la estética vasca. Oteiza, junto a sus compañeros, concibe, desde unas formas que se identifican con el movimiento internacional, un objeto propio, único, perteneciente a la estética de nuestro pueblo. Es la única vez que Oteiza materializará un objeto a esta escala, simultaneando arquitectura y escultura. La única vez que Oteiza construirá una arquitectura. La casa, como sus esculturas, es humilde, austera, limpia y clara en las formas. En ella se trasluce que nace del laboratorio de tizas, y que ella misma juega a ser tiza. Pero también es el taller donde el laboratorio de tizas encuentra su lugar para desarrollarse y llegar a su conclusión experimental (1959). En su modestia, es un monumento riquísimo de nuestra memoria cultural. El servicio que realizará la gasolinera que la sustituya no estará a la altura, nunca, de los servicios que ya ha prestado la casa y que podría seguir prestando. La casa merece ser respetada. Irun, Bidasoa y el pueblo vasco, sin la casa, serán más pobres, serán peores.

Los políticos responsables anteponen el beneficio en dinero de unos pocos a la riqueza cultural de todos. Los señores San Martín y Agote y la señora Azkarate no hacen su trabajo, y eso se debe denunciar. Yo les denuncio. No hacen su trabajo, que es defender la memoria cultural y artística de nuestro país. Culpables son, porque a su cargo está cuidar la memoria cultural y artística del país, y no lo hacen. No cumplen con su trabajo. La situación de la casa se ha venido denunciando desde el año 2000, y desde entonces ni los funcionarios de su departamento ni ellos mismos han hecho nada. Nada. Pero, aquí, "no hacer nada" ha significado permitir, consentir que la degradación de la casa fuese avanzando, como una gangrena. Primero consintieron que esta arquitectura, única para el pueblo vasco, se transformara en bar de carretera y

prostíbulo de camioneros. Después, permitieron que su condición empeorara, hasta llegar a que ni los ocasionales amantes la aceptaran como lugar de encuentro, degradándose aún más. La casa ha sido abandonada, ignorada y ninguneada: "Fijate, no vale ni para puticlub", deben de haber comentado en la concejalía de urbanismo, mirando desde la ventana de la oficina. —"Mejor la tiramos, da más dinero una gasolinera", deben de haber concluido. Así, haciendo cuentas, justifican el derribo de la memoria de la casa que valió para escribir en ella uno de los libros más importantes para el pueblo, *Quousque Tandem...* (1963). Derriban el lugar de reunión de quienes, en los días en que el país era negado, maltratado y torturado, como hoy lo es la casa, en ella se organizaron, con la complicidad de Oteiza, para defenderse del trato que recibían. Derriban tanto el lugar de conspiración como el lugar donde Oteiza concibió sus cajas metafísicas, y donde llegó a su conclusión experimental. Derriban el lugar donde, por una vez, arte, política y acción se unieron, y en redondo, como Oteiza quería, un lugar quizás como no hay otro en el país. Tanto derribo no puede ser inocente.

Hay en el mundo tres culpas, a repartir y compartir entre los cinco culpables: la culpa de la ignorancia, la culpa de la ira y la culpa del apego a las cosas materiales.

La culpa de la ignorancia es para esos que, gracias a Oteiza, defienden la existencia de la identidad cultural de nuestro pueblo, pero siguen sin enterarse de que la casa fue participante activo en el nacimiento de esa idea, y de que la misma casa es parte de nuestra identidad.

La culpa de la ira es para quienes combaten y niegan la existencia del pueblo y de su identidad cultural. Saben que la casa fue testigo en la formación de la idea y amparo de quienes resistían, fue matriz. Con su derribo borran el refugio de quienes limpiaron del país a Melitón Manzanos, torturador, hoy condecorado. Lo saben y les parece bien. Se entiende que prefieran una gasolinera antes que la casa: la casa les está señalando.

La culpa del apego a las cosas materiales es, sin duda alguna, a la vista de las pruebas que se guardan, para el Señor Don Néstor Basterretxea. Participando en su tiempo en la construcción de la casa, y vecino de Oteiza, es, desde febrero de 1999, uno de los promotores inmobiliarios que se lucrarán del derribo. Basterretxea es clarividente y frío en sus cálculos: empieza por negar que la casa tenga algo que ver Vallet y Oteiza, y se presenta él solito como único autor del proyecto. No lo hace por egolatría, sino porque sabe que, de ser él el autor, nadie en su pueblo movería un dedo para defender la casa, porque nadie tiene a Basterretxea como artista relevante. Lo sabe. Aunque como promotor inmobiliario sí que está resultando relevante, y por ello merece ser reconocido en un monumento a su persona: la máquina registradora de la gasolinera será su retrato, y las cifras del dinero cobrado al llenar cada depósito dirán lo que vale su nombre.

Gillermo Zuaznabar



Escenas de la vida d'Oteiza en el taller de la casa con la seva esposa Itziar Carreño; con l'arquitecte Luis Vallet; en el laborator de guixos.